

MARGERY SHARP



Cluny Brown

TRADUCCIÓN DE RAQUEL GARCÍA ROJAS



CLUNY BROWN

MARGERY SHARP

CLUNY BROWN

TRADUCCIÓN DE RAQUEL GARCÍA ROJAS



SENSIBLES A LAS LETRAS, 66

Título original: *Cluny Brown*
Primera edición en Hoja de Lata: noviembre del 2020

© Margery Sharp, 1944
© de la traducción: Raquel García Rojas, 2020
© de la presente edición: Hoja de Lata Editorial S. L., 2020

Hoja de Lata Editorial S. L.
Avda. Galicia, 21, 4.º E, 33212 Xixón, Asturias [España]
info@hojadelata.net / www.hojadelata.net

Edición: Hoja de Lata Editorial S. L.
Diseño de la colección: Trabajadores culturales Glayú
Corrección: Olaya González Dopazo

ISBN: 978-84-16537-81-5
Depósito legal: AS 01621-2020
Impreso en Eujoa Artes Gráficas, Meres, Siero, Asturias [España]
La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por ACE Traductores.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



Hoja de Lata emplea tipos de papel que garantizan el manejo ambientalmente apropiado, socialmente benéfico y económicamente viable de los bosques del mundo.

Para Geoffrey Castle

CAPÍTULO 1

I

Al ir pensando en Cluny Brown, el señor Porritt, un próspero fontanero, se pasó la parada del autobús y, como consecuencia, se perdió el almuerzo del domingo que le esperaba en casa de su hermana. No era una gran pérdida. La comida estaría bien, pues Addie tenía sus virtudes, pero era demasiado machacona. Por aquel entonces, lo machacaba con Cluny Brown.

El señor Porritt pagó un penique adicional y se bajó del autobús en Notting Hill Gate. Aún tenía tiempo de sobra para volver a Marble Arch y continuar, como de costumbre, por Edgware Road, pero un espíritu de independencia lo llevó, en cambio, a meterse en Kensington Gardens. Hacía más de un año que no entraba en los jardines, desde el día del funeral de su esposa, cuando, de hecho, se embarcó en una larga y porfiada caminata por todos los parques de Londres mientras se hacía a la idea de que la señora Porritt ya no estaba. Le costó un poco —habían estado veintiséis años casados y nunca tuvieron una mala palabra—, pero en un momento dado Arnold Porritt llegó a un acuerdo provisional con la Providencia. Él seguiría como antes, cumpliendo con su labor como fontanero y con sus responsabilidades respecto a Cluny Brown, pero si

al final no se reunía con su Floss, causaría problemas. El señor Porritt era un hombre con un firme sentido de la justicia.

El día, para estar en febrero, era inusualmente templado. La gente, resistente al frío, se sentaba a las puertas de la Orangery, mirando al sol y de espaldas a los ladrillos que llevaban mirando al sol tres siglos; allí siempre hacía más calor que en cualquier otro sitio de los jardines. Tras rodear el césped, el señor Porritt también puso los pies en aquella terraza y, como no había ningún banco del todo desocupado, eligió uno donde se sentaba una mujer sola. A ojos del señor Porritt, ya no era una mujer joven y no podía haber sido nunca atractiva; la mirada de soslayo de la mujer catalogó al señor Porritt como sin duda peculiar; y los dos se habrían sorprendido en extremo al conocer la opinión del otro.

La mujer tenía un libro en las rodillas, pero el señor Porritt se había dejado el periódico en el autobús y estaba, por tanto, indefenso ante los bien conocidos efectos de la proximidad en un parque público. En menos de cinco minutos, el deseo de confiarse a una persona extraña se hizo irresistible. Forzó una tos preliminar y comentó que hacía una temperatura poco habitual para esa época del año.

—Deliciosa —repuso la mujer. Su voz, y esa única palabra, le confirmaron que era una dama, cosa de la que su sombrero y su maquillaje le habían hecho dudar.

—Ojalá mi sobrina estuviera aquí.

—Sí, a los niños les encantan los jardines —convino ella con amabilidad.

—No es una niña —dijo el señor Porritt.

La mujer le dirigió una mirada alentadora. Estaba esperando a un joven que tenía intención de convertir en su amante y pensó que tendría su gracia que llegara y la viese charlando con alguien tan pintoresco, tan inesperado, tan absolutamente ajeno a su mundo como el señor Porritt. Mientras le sonreía, iban formándose en su mente fragmentos de

la conversación posterior. «¡Pero si es que la gente siempre me habla! —diría—. Parezco ese personaje de Kipling que se quedaba sentado y dejaba que los animales le pasaran corriendo por encima.» ¿O Kipling era un poquito... anticuado? «Ese hombre de la selva», tal vez, sin precisar más...

—Tiene veinte años —prosiguió el señor Porritt—. Es huérfana. La hija de la hermana de mi mujer. A veces no sé muy bien cómo manejarla.

—Los veinte son una edad difícil.

—No es exactamente difícil. Es más bien... —El señor Porritt frunció el ceño. Caviló, reflexionó, tanteando como había hecho tantas veces en busca de la raíz del problema. Cluny Brown era afable, voluntariosa, tan sensata como la mayoría de las muchachas...

—¿Es guapa?

—Corriente y moliente.

—¿Atractiva?

El señor Porritt, que creía haber contestado ya a esa pregunta, se limitó a negar con la cabeza y la mujer sonrió. Ella también era corriente, pero nadie la consideraría poco atractiva. (El señor Porritt sí, por supuesto, pero no era probable que surgiera el tema.)

—¿Tal vez tiene complejo de inferioridad, entonces?

—Mi sobrina no —repuso el señor Porritt. No sabía nada de complejos, pero cualquier idea de inferioridad iba tan desencaminada que de pronto puso de manifiesto, por contraste, justo lo que estaba buscando—. El problema de la joven Cluny —añadió— es que parece no saber cuál es su lugar.

Al fin se había revelado el delito de Cluny Brown, y su tío jamás habría podido expresar con palabras —ni siquiera ante un extraño, ni siquiera en un parque— la inquietud que le causaba. Saber cuál es el lugar de uno era, para Arnold Porritt, el fundamento de toda vida racional y civilizada: cíñete a tu clase y no te equivocarás. Un buen fontanero, respaldado

por su sindicato, podía mirar a un duque a los ojos; y un buen barrendero, respaldado por *su* sindicato, podía mirar al señor Porritt a los ojos. Los duques, por supuesto, no tenían sindicato, y al señor Porritt le daba la impresión de que intentaban pasar inadvertidos.

—¿Y cuál es su lugar? —preguntó la mujer, que parecía divertirse.

El señor Porritt consideró la pregunta extraordinariamente ridícula: cualquiera que lo viese a él, pensaba, debería reconocer de inmediato el lugar de su sobrina. Sin embargo, tenía una buena respuesta, una auténtica bomba que en modo alguno era reacio a hacer estallar.

—Le diré cuál no lo es: el Ritz no lo es —contestó, y volvió a quedarse estupefacto. Pues eso era lo que la joven Cluny había hecho apenas uno o dos días antes: había ido a tomar el té al Ritz, ella sola, para ver cómo era. Dos chelines y seis peniques le costó, y sin pasta de arenque ahumado siquiera. Se lo dijo ella misma, sin ocultar su necedad, sin tener ni idea, al parecer, de que había hecho algo inapropiado. Al señor Porritt le complació ver que su nueva conocida (a pesar de *su* necedad) parecía debidamente desconcertada—. Y así es Cluny —terminó con un triste tono triunfante—. No sabe por dónde se anda.

—¿Cluny? —repitió la mujer.

—Cluny Brown. El diminutivo de Clover —le explicó el señor Porritt. Hizo una pausa para comprobar si un joven alto que se aproximaba a ellos tenía intención de sentarse en su banco, pero la mujer (que había visto al recién llegado momentos antes) se inclinó hacia él muy animada.

—¿Sabe? —se apresuró a decir—. Su sobrina parece de lo más encantadora. No ha de reprimirla, tiene que ayudarla a desarrollarse. Debe de tener una personalidad muy especial.

Luego se giró con un sobresalto y vio que el joven les sonreía, y el señor Porritt entendió de inmediato que era hora de marcharse.

II

—¿Quién demonios era ese? —preguntó el joven cuando se sentó.

La mujer hizo una mueca divertida.

—No tengo ni la menor idea. La gente siempre me habla en los parques. Parezco ese hombre de la selva que se quedaba sentado y dejaba que los animales le pasaran corriendo por encima.

—Algún día acabarán asaltándote.

—Querido, sabes que solo atraigo a hombres respetables.

Los dos se echaron a reír. El joven siguió con la mirada la menguante figura del señor Porritt y movió la cabeza de un lado a otro.

—¡Viejo crápula! ¿Te ha dicho que su mujer no lo entiende?

—En absoluto. Me ha estado hablando de su sobrina, una joven llamada Cluny Brown, diminutivo de Clover, que fue a tomar el té al Ritz.

—¡Querida, eres maravillosa! —exclamó el joven—. ¡Qué argumento! Pero ¿por qué al Ritz?

—Porque no sabe cuál es su lugar.

—Escandaloso. ¡Esa Cluny Brown es un escándalo! Me gustaría conocerla.

Como era imposible, la mujer pudo decir que a ella también, y luego, con la sensación de que ya habían hablado suficiente de Cluny y de que se estaba convirtiendo incluso en un fastidio, le pidió que la llevase a almorzar.

III

Eran las dos y media cuando el señor Porritt entró en casa de su cuñado Trumper en Portobello Road. La puerta princi-

pal abierta y un desplantador clavado en un arriate indicaban que Trumper se había puesto a arreglar un poco el jardín y lo había dejado a medias. Dentro, el estrecho vestíbulo desprendía un fuerte olor a linóleo y abrillantador de metales y el señor Porritt olisqueó con admiración y reconoció el mérito de su hermana. Sabía cómo mantener una casa. Limpia como los chorros del oro. Un sitio para cada cosa y cada cosa en su sitio. El señor Porritt colgó su gorra y entró en el salón; allí estaba Trumper, sentado en mangas de camisa y leyendo el *News of the World*.

—Ya estoy aquí —dijo el señor Porritt.

—Creíamos que te habrían atropellado —repuso Trumper.

—Me he confundido de autobús —le explicó su cuñado.

—¿Has comido?

—He picado algo.

El señor Porritt se sentó, se quitó las botas y las dejó con cuidado en la balda inferior de una estantería de bambú. En la balda de arriba había una estera de felpilla, una bandeja y una maceta, ambas de latón, y en la maceta un bonito ficus; todo el conjunto justo donde debía estar, en el mismo centro de la ventana-mirador.

—Te has dejado un desplantador fuera —dijo el señor Porritt.

—Ya —asintió Trumper—. ¿Y la joven Cluny?

—En la cama.

—¿Cómo, enferma?

—No, ha leído un artículo en el periódico —repuso el señor Porritt, que se acordó de su propio periódico olvidado en el autobús.

Ahora lo echaba en falta, pues aquel era el momento y el lugar en el que disfrutaría de su lectura. También era el momento y el lugar para Trumper y, apenas terminase, Addie se lo quitaría de las manos; es asombroso cómo no hay nada que moleste más a la gente que el que le quiten el periódico del do-

mingo. El señor Porritt recordaba un ejemplo muy notable de esto por propia experiencia: cuando la hermana de su mujer apareció con la pequeña Cluny, tras la muerte de su marido, pobre tipo, y no podían hacer otra cosa sino acogerlas y ofrecerles un hogar. Floss y él estaban de acuerdo y lo hicieron de buena gana, y la madre de Cluny se comportó en todo momento como es debido, salvo por una cosa: siempre cogía el periódico del domingo antes de que el señor Porritt terminase de leerlo. Él nunca dijo nada, pero esa sola costumbre lo irritaba tanto que poco a poco le cogió manía. Durante un tiempo, incluso estuvo comprando dos periódicos. Fue peor. Su cuñada quería leerlos a trozos, un artículo de aquí y otro de allá, y cambiaba y desordenaba las páginas hasta que era imposible encontrar ni siquiera el fútbol. Aun así, era una mujer agradable, a su manera, y cuando murió —de neumonía—, el señor Porritt lo sintió más de lo que esperaba...

—Al parecer Eden ha dimitido —observó Trumper—. Supongo que sabe lo que se hace.

—Para mí que aun así tendremos problemas con Mussolini —repuso el señor Porritt— y con ese Hitler. No me fío de ellos.

—Ni yo. Lo que tendría que haber hecho este país...

Y en breve se habrían embarcado en una buena conversación, enjundiosa, masculina, pero en ese momento se abrió la puerta y Addie irrumpió en la habitación. Era cuatro años menor que su marido y cinco menor que el señor Porritt, pero nadie lo habría adivinado porque no aprobaba que uno quisiera parecer joven. Aprobaba el tener un aspecto cuidado, limpio y sufrido, y eso lo conseguía con creces.

—¡Aquí estás! —exclamó echando un vistazo a su hermana como para asegurarse de que estaba, en efecto, de una sola pieza—. ¿Qué ha pasado?

—Me he confundido de autobús —le explicó el señor Porritt.

- ¿Has comido?
—He picado algo.
—¿Dónde está Cluny?
—En la cama.
—¿Cómo, enferma?

—No —dijo el señor Porritt con paciencia—. Ha leído un artículo en el periódico sobre cómo quedarse un día en la cama comiendo naranjas descansa los nervios y tonifica el organismo.

Por un segundo, Addie Trumper lo miró estupefacta. Se le tensó la mandíbula. Parpadeó. Tanto su marido como su hermano se prepararon inconscientemente para lo que venía.

—¡Anda la osa! —voceó Addie Trumper—. ¿Pero quién se cree que es?

Ahí estaba de nuevo, la inevitable pregunta que, por alguna extraña razón, Cluny Brown parecía suscitar siempre. Y, sin embargo, ¿podía haber una respuesta más sencilla? Su difunto padre conducía un camión, tenía un tío fontanero, su madre había sido la cuñada de ese fontanero, su otro tío era mozo de estación (en la Great Western)... ¿Cómo iba a dudar nadie de quién era Cluny? ¿Cómo podía haber ninguna duda respecto a quién creía que era? Era evidente. Y, aun así, si el señor Porritt no había oído esa pregunta mil veces, no la había oído ninguna. Él mismo se la hacía. Pero ni para él ni para Addie Trumper tenía respuesta.

—Lo que le hace falta a la joven Cluny —afirmó la señora Trumper cogiendo aire—, ya lo he dicho antes y volveré a decirlo, es entrar a servir. En una buena casa, con una gobernanta estricta. Acuérdate bien de lo que te digo.

Pero el señor Porritt no tenía intención de dejarse intimidar.

—Y yo ya te he dicho que no puedo prescindir de ella. Necesito a alguien que atienda el teléfono cuando no estoy en casa.

—¡Para qué te hará falta un teléfono!

El señor Porritt y Trumper intercambiaron una mirada fraternal. Claro que un fontanero necesitaba un teléfono: la mitad de los avisos, y todos los que eran urgentes, llegaban por teléfono. Aquella era una de las razones de la prosperidad del señor Porritt: siempre podías localizarlo. La gente llamaba a medianoche, o incluso más tarde, y aunque el señor Porritt no fuese de inmediato, su tono solemne y profesional les procuraba consuelo y, si decía que estaría allí a primera hora, rara vez se molestaban en llamar a nadie más. Pues claro que le hacía falta un teléfono...

—Y, por cierto —añadió la señora Trumper volviéndose hacia su marido—, te has dejado un desplantador fuera. —Luego agarró el *News of the World* y se marchó.

Pasaron unos segundos antes de que el ambiente se tranquilizara de nuevo. Los dos hombres se habían quedado muy quietos, como peces en el fondo de un estanque revuelto. El señor Porritt miró a su cuñado como excusándose y alargó un brazo para coger sus botas.

—No hace falta que te vayas —dijo Trumper con amabilidad.

—Será lo mejor —repuso el señor Porritt.

—Tú haz lo que te parezca bien. Si la joven Cluny te ayuda y puedes mantenerla, no es asunto de Addie.

—Ya —asintió el otro. Aun así, terminó de atarse las botas—. Pero *a ti* no me importa decírtelo: estoy preocupado. —Hizo una pausa. Estaba lo del té en el Ritz y había algo más, algo que no había mencionado ni siquiera a la mujer del parque—. La han estado rondando —dijo al fin.

Trumper silbó.

—¿Rondando? ¿A Cluny?

—Dos veces —le aseguró el señor Porritt—, la semana pasada. La primera vez me lo contó ella, la segunda lo vi yo mismo. En High Street, a las puertas de una tienda: Cluny y el individuo en cuestión estaban hablando. Él se largó a toda prisa en cuanto me vio.

—Apuesto a que sí —dijo Trumper con aire convencido.

—Cluny dice que estaba mirando los sombreros del escaparate cuando el tipo se le acercó y le preguntó si había algo que le gustara. Cluny dijo que no, que solo estaba pasando el rato. Luego él le dijo que tal vez si iban hasta el West End encontrarían algo mejor. Entonces fue cuando llegué yo.

—No se le habría ocurrido irse con él.

—Eso dijo ella. Dijo que quería escuchar un programa en la radio. Lo que no me explico es *por qué*. No puede decirse que sea guapa...

—Corriente y moliente —convino Trumper de buena gana. Los dos reflexionaron unos segundos—. Y la otra vez ¿fue el mismo tipo o era otro?

—Otro. En la puerta del cine.

—No debería andar tanto por ahí.

—¿Y qué va a hacer la muchacha? —razonó el señor Porritt poniéndose a la defensiva—. ¿No puede mirar un escaparate? Quizá... No te lo he dicho, pero he estado hablando de Cluny con una señorita y quizá nos estamos equivocando en la manera de tratarla. A lo mejor no hay que atarla tan corto, sino animarla a tomar vuelo o algo así.

—A Cluny no —aseguró el señor Trumper—. Quien te haya dicho eso es que no la conoce.

Aquello era tan cierto que el señor Porritt no podía discutirse. Por un momento, en cambio, guardó un obstinado silencio. La franqueza de esa mujer, justo antes de que los interrumpieran, había hecho mella en él: su actitud hacia su sobrina se había vuelto más flexible que nunca. Estaba dispuesto a hacer algo en su favor, a alterar de algún modo la sólida rutina de su vida en común si era necesario. En el fondo de su cabeza germinaba la idea de que tal vez Cluny debería aprender a escribir a máquina.

—¡Y esa tontería de las naranjas! —añadió Trumper con retintín.

—Las ha pagado ella. Y no me importa admitir —dijo el señor Porritt en una repentina aceptación de su debilidad— que, tontería o no tontería, y preocupado como estoy, es un verdadero consuelo saber que está a salvo en casa y en la cama. Decía (como siempre) lo que creía que era verdad.